



CAPÍTULO UNO

POR LA MADRIGUERA ABAJO

Alicia comenzaba a cansarse de estar sentada en la pradera junto a su hermana, sin tener nada que hacer. De vez en cuando echaba una ojeada al libro que leía su hermana, pero no tenía ilustraciones ni diálogo... «¿Y de qué sirve un libro —se preguntaba Alicia— que no tiene ni dibujos ni conversación?».

Estaba dándole vueltas en la cabeza (eran, desde luego, unas vueltas muy lentas, porque el calor de aquel día de verano le producía a la niña una extraña somnolencia) a la idea de ir a recoger margaritas para tejer con ellas una guirnalda de flores, si conseguía vencer la pereza que en aquellos momentos le invadía..., cuando, de pronto, un conejo blanco con grandes ojos rosados se cruzó ante ella.

No había nada de particular en ello y Alicia ni siquiera se sorprendió cuando le oyó decir:

—¡Es tarde, es tarde! ¡Voy a llegar demasiado tarde!

Después le extrañó que no le hubieran sorprendido aquellas palabras en boca de un conejo, pero la verdad es que en aquel momento le pareció la cosa más natural del mundo... Sin embargo, cuando el conejo sacó un reloj del bolsillo de su chaleco para consultar la hora, la niña dio un respingo, al darse cuenta de que en su vida había visto un conejo vestido con americana y chaleco... ¡y no digamos con reloj de bolsillo! Muerta de curiosidad, Alicia corrió por la pradera tras el conejo, y casi le había dado alcance cuando vio que se metía por una madriguera que se abría bajo un seto.

Alicia se introdujo también en el agujero del conejo, sin pararse a pensar que una cosa era entrar y otra muy distinta salir de allí.

La madriguera del conejo era como un túnel muy largo, que, de repente, caía en vertical... Tan de repente que Alicia no tuvo ni tiempo de pensar en frenar su caída, y, así, la niña se precipitó por lo que parecían ser las paredes de un pozo muy profundo...

¿Era el pozo realmente tan profundo o era que la niña caía muy despacio? No sabría decirlo, pero lo cierto es que, en su caída, Alicia tuvo tiempo de mirar a su alrededor y preguntarse qué le iba a ocurrir. Al principio trató de mirar hacia abajo para ver lo que había en el fondo de aquel pozo... Pero el fondo estaba demasiado oscuro, así que miró a las paredes del pozo y vio que estaban llenas de armarios y estanterías con libros. Aquí y allá había mapas y cuadros colgados de las paredes. Al pasar por una de esas estanterías, Alicia cogió un tarro con un letrero que decía «MERMELADA DE NARANJA», ¡pero cuál no sería su desilusión, al comprobar que estaba vacío! En lugar de soltarlo, por miedo a dañar a alguien que estuviera en el fondo de aquel pozo,

prefirió dejarlo en la repisa del armario que estaba a su alcance.

«¡Bueno —se dijo Alicia—, después de una caída como esta, va a parecerme una tontería caerme por las escaleras de mi casa! ¡En casa pensarán que me he vuelto muy valiente! ¡De ahora en adelante no pienso ni rechistar, aunque me caiga del tejado!», lo cual, dicho sea de paso, era una gran verdad.

Y seguía cayendo, cayendo y cayendo... ¿Es que no acabaría nunca aquella caída?

—¡Me gustaría saber cuántas millas he bajado ya! —dijo Alicia en voz alta—. ¡Seguro que ya estoy cerca del centro de la tierra! Me parece que eso está a unas cuatro mil millas aproximadamente... —como podéis ver, Alicia tenía algunas nociones de geografía, que había aprendido en el colegio, y, aunque aquel no era el momento ni el lugar oportuno para demostrar sus conocimientos, sobre todo porque no había nadie que la escuchara, tampoco le venía mal dar un repaso—. Sí, creo que esa es la distancia correcta, pero la verdad es que ignoro la latitud y longitud de mi posición. —Alicia no tenía la menor idea de lo que eran latitud y longitud, pero le parecían

términos muy apropiados para usar en aquellas circunstancias.

Y siguió dándole vueltas a la misma idea.

—¡A lo mejor atravieso la tierra y caigo por el otro lado! ¡Sería muy divertido salir por el otro lado y ver a la gente andando boca abajo! Me parece que se llaman las *Antipatías*... —En esta ocasión la niña se alegró de que nadie la estuviera escuchando, porque sabía que había metido la pata—. Lo mejor que puedo hacer es preguntar al llegar... ¿Por favor, señora, podría usted indicarme en qué país me encuentro? ¿Estoy en Australia o es esto por casualidad Nueva Zelanda? —mientras hablaba, Alicia trataba de hacer una pequeña reverencia... ¡No es fácil hacer una pequeña reverencia, cuando uno va volando por los aires! ¡Y, si no, probadlo!—. ¡Pero no, no le puedo hacer una pregunta tan estúpida, pues la señora pensará que soy una niña ignorante! Mejor será que no le pregunte nada y busque algún cartel que lo indique.

Y seguía cayendo, cayendo, cayendo y cayendo... Como no tenía otra cosa que hacer, la niña seguía de palique consigo misma:

—¡Ay, Dina! ¡Cuánto me vas a echar de menos esta noche! —Dina era su gata—. ¿Se acordarán de

ponerle el platito de leche a la hora de la cena? ¡Mi querida Dina, ojalá estuvieras aquí conmigo, aunque me temo que no encontrarías muchos ratones volando por los aires! Pero podrías cazar algún murciélago, que, al fin y al cabo, se parece bastante al ratón... Me pregunto si comerán murciélagos los gatos... O quizá sea al revés, quizá sean los murciélagos los que se coman a los gatos.

Una dulce somnolencia se había apoderado de la niña, lo que no le impedía continuar su perorata, aunque de forma algo confusa.

—Murciélago, murciégalo..., murcieratón..., ¡murciegatón!

¡Las palabras se comían unas a otras y daban vueltas y más vueltas en la cabeza de la pobre Alicia! Por fin, la niña se quedó profundamente dormida. Soñaba que paseaba con su gatita Dina y que le preguntaba, con toda seriedad, si alguna vez había comido un murciélago, cuando de pronto..., ¡cataplás!..., sintió que su cuerpo chocaba contra un montón de hojas secas.

Alicia pudo comprobar que no se había hecho daño, así es que se puso de pie de un salto y miró a su alrededor. Reinaba en torno a ella una profunda oscuridad, pero pudo distinguir un

largo pasadizo, y, al fondo, la figura del Conejo Blanco, que se perdía en la distancia...

¡No había tiempo que perder! Alicia salió como una flecha tras él, y, antes de que el Conejo doblara la esquina, le oyó decir:

—¡Por mis barbas y mis bigotes, voto a tal! ¡Se me está haciendo tardísimo!

Alicia le seguía muy de cerca, pero, al doblar la esquina, el Conejo había desaparecido. La niña se encontró en un salón estrecho y largo, iluminado por una serie de lámparas que colgaban del techo.

Había varias puertas de acceso al salón, pero todas estaban cerradas. Alicia recorrió el salón de arriba abajo, tratando de abrir las puertas, pero, al comprobar que no podía, se dirigió al centro de la habitación, pensando que estaba atrapada y que ya nunca podría salir de allí.

Fue entonces cuando descubrió una pequeña mesita de tres patas, toda de cristal. Sobre la mesa había solamente una diminuta llave dorada, y, enseguida, Alicia pensó que aquella llave abriría alguna de las puertas del salón... Pero, sea porque la llave era demasiado pequeña o la cerradura demasiado grande, la verdad es que la pobre Alicia

no consiguió abrir ninguna de las puertas del salón. Sin embargo, al recorrerlas por segunda vez, descubrió una pequeña puerta escondida detrás de



una cortina. La puerta no tendría más de quince pulgadas de altura, y, al meter la llave en la cerradura, Alicia comprobó con gran alegría que encajaba perfectamente.

Alicia abrió la puerta y vio que conducía a un agujero tan ne-

gro y estrecho que parecía una guarida de ratones. La niña se arrodilló y miró por el agujero, y, al otro lado, descubrió el jardín más hermoso que jamás pudiera soñar... ¡Ya se imaginaba lejos de aquel lúgubre salón, paseando entre jardines de hermosas flores, acompañada por el murmullo de cristalinas fuentes! Pero la triste realidad era que ni siquiera

podía meter la cabeza por la puerta... «y, aunque consiguiera meterla —pensaba la pobre Alicia— ¿de qué me serviría una cabeza sin hombros? ¡Ojalá pudiera plegarme sobre mí misma como si fuera un catalejo! ¡Incluso creo que podría hacerlo, si supiera por dónde empezar!». Tantas cosas extrañas le estaban ocurriendo a Alicia que ya nada le parecía imposible...

No había razón para quedarse junto a aquella puerta tan pequeña, así que se dirigió de nuevo hacia la mesa esperando encontrar en ella otra llave o, al menos, un libro de fórmulas mágicas, que le enseñara a plegarse como un catalejo. Pero no encontró ni una cosa ni la otra, sino una pequeña botella («¡juraría que no estaba aquí antes!», pensó Alicia) con un rótulo que decía «BÉBEME», escrito en letras grandes.

¡Se decía muy pronto eso de «bébeme»! Pero Alicia, que era una niña muy prudente, no estaba dispuesta a hacerlo así como así...

«Antes —se dijo— hay que ver si hay alguna contraindicación, algún letrero que diga “veneno”, por ejemplo».

Alicia había leído historias de niños que morían abrasados o devorados por bestias salvajes, y todo

por no hacer caso al consejo de sus amigos; cosas tan simples como que un hierro candente te puede quemar la mano si lo sostienes mucho tiempo, o que, si te cortas el dedo con un cuchillo, te acabará saliendo sangre... Del mismo modo, es muy probable que, si te bebes un frasco que pone «veneno», tarde o temprano te siente... ¡fatal!



Pero no había ningún rótulo en la botella que dijera «veneno», por lo que Alicia hizo de tripas corazón y se lo llevó a la boca para probarlo. Tenía un gusto muy agradable (sabía un poco a tarta de fresa, y otro poco... a flan, a piña, a pavo relleno, caramelo y tostadas con mantequilla), así que no tardó mucho en beberse el frasco entero.



—¡Qué sensación más extraña! —exclamó Alicia—. ¡Siento como si me plegara igual que si fuera un catalejo!

¡Y eso era en realidad lo que estaba ocurriendo! La niña se había encogido y ahora medía solo ¡diez pulgadas! Su rostro se iluminó de alegría al darse cuenta de que, al fin, tenía el tamaño justo para pasar por la puerta que conducía a aquel maravilloso jardín. Antes, sin embargo, esperó unos instantes para ver si seguía menguando de tamaño, porque aún no las tenía todas consigo.

«¿Qué pasaría —se dijo— si me esfumo del todo, como una vela cuando se termina la cera?».

Y trataba de imaginarse cómo sería una llama solitaria sin la vela que la alimentara, pero la verdad es que nunca había visto nada parecido.

Al ver que ya no menguaba de tamaño, decidió salir al jardín, y se dirigía hacia la puerta, cuando..., ¡pobre Alicia!..., se dio cuenta de que había olvidado la llave dorada encima de la mesa. Volvió a buscarla, pero se percató de que la llave ahora estaba fuera de su alcance. Podía verla claramente por el cristal de la mesa e incluso intentó alcanzarla encaramándose por una pata de la mesa... ¡Pero fue inútil! ¡Estaba demasiado resbaladiza! Cansada de tanto esfuerzo,

se sentó en el suelo y comenzó a llorar a pierna suelta.

«¿A qué vienen esos llantos? ¡Ya te estás callando ahora mismito!».

Alicia solía darse muy buenos consejos... ¡que luego no seguía! A veces se regañaba con tanta dureza que acababan saltándosele las lágrimas... En una ocasión, hasta se dio unos cachetes en las orejas por haberse hecho trampa en una partida de croquet que jugaba contra ella misma... ¡Alicia jugaba a menudo a ser dos personas distintas! «De nada me serviría ahora el juego —pensó la pobre Alicia— de ser dos personas distintas... ¡Bastante trabajo tengo con ser una!».

Al poco rato sus ojos se fijaron en una cajita pequeña, que se hallaba debajo de la mesa. La abrió, y dentro encontró un pastel, en el que estaba escrito, con ricas pasas de Corinto, la palabra «CÓMEME».

—Bueno, pues me lo comeré —dijo Alicia—. Si crezco, puedo alcanzar la llave, y, si menguo aún más de lo que he menguado, puedo deslizarme por debajo de la puerta... ¡En ningún caso tengo nada que perder!

Tomó un pequeño bocado de pastelillo y se preguntó con ansiedad:

—¿Voy para arriba o para abajo?

Mientras hablaba se había colocado la mano en la cabeza para saber si crecía o si, por el contrario, menguaba. Se quedó extrañada al comprobar que no variaba de tamaño... ¡Uno no suele variar cuando se come un trozo de pastel, pero Alicia estaba tan acostumbrada a que le ocurrieran cosas extrañas que se sentía defraudada cuando las cosas ocurrían como siempre!

De todas maneras, Alicia le hincó el diente al pastelillo y en poco tiempo dio buena cuenta de él.